FUNDACION "MARCOS GARCIA MERCHANTE"

Alcalá del Río

Cuadernos de Temas Ilipenses

LEYENDAS ALCALAREÑAS

(I)

Relatos de hechos y sucesos que dicen ocurrieron en la villa de Alcalá del Río, según cuentan los más viejos del lugar

Narrados por

José Benjamín Domínguez Aguilar
Consejero de la Fundación Marcos García Merchante

Nº 4

Julio 1994

Cuadernos de Temas Ilipenses

Colección de cuadernos sobre Historia, Arte, Letras, Ciencias y Sociología de la Villa de Alcalá del Río.

Edita: **Fundación Marcos García Merchante.**

Patrocina: **Excmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río**

(Delegación de Cultura)

PUBLICACION TRIMESTRAL

Nº 4

Julio, 1.994

Leyendas alcalareñas (I)

José Benjamín Domínguez Aguilar

Portada:

Imagen de San Sebastián

(Parroquia Ntra.Sra. de la Asunción)

Publica:

Fundación Marcos García Merchante

Patrocina:

Excmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río

Plaza de España, 1

Tlf. 565 11 00 - Fax. 565 00 73

41200 - ALCALA DEL RIO (Sevilla)

Material Gráfico:

José B. Domínguez Aguilar

Imprime:

Gráficas Alcalá S.L.

C/ Fragata, 8 - 41200 Alcalá del Río

Teléfono y Fax: 565 07 07

Pedidos y Suscripciones:

Excmo. Ayuntamiento (Delegación de Cultura)

Depósito Legal: SE 157-94

© Fundación Marcos García Merchante

Suscribiéndote a Cuadernos de Temas Ilipenses, estás colaborando con la investigación y difusión de la cultura de nuestro Alcalá del Río.

NUMEROS PUBLICADOS

Nº.1.- La Carta Puebla de 1.390 de Alcalá del Río. (Octubre, 1993)
Marcos Fernández Gómez

Nº.2.- Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción. (Parte 1ª). (Febrero, 1993)

Nº.3.- Parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción. (Parte 2ª). (Abril, 1993)
José Antonio Arteaga Ruiz

Nº4.- Leyendas alcalareñas (I) (Julio, 1994)
José Benjamín Domínguez Aguilar

PROXIMO NUMERO

- Leyendas alcalareñas (II)
José B. Domínguez Aguilar (Octubre-94)

NUMEROS EN PREPARACION

- Reverte, el último torero de leyenda.
- Casos insólitos en la historia de Alcalá del Río.
- La moneda Ilipense
- La Real Capilla del Sr. San Gregorio de Alcalá del Río. (Guía histórico-artística).
- Las calles alcalareñas y sus nombres
- Inventario artístico de las cofradías alcalareñas.
- La cofradía del Buen Fin: ¿Un ensayo positivo?.
- Apellidos y linajes alcalareños.
- La casa alcalareña.
- La economía alcalareña.
- Alcalá del Río en la fotografía y la pintura.
- Alcalá del Río en la inspiración (poemas).

(El orden de los títulos en preparación no implica necesariamente su orden de publicación).

Cuadernos de Temas Ilipenses

LEYENDAS ALCALAREÑAS

(I)

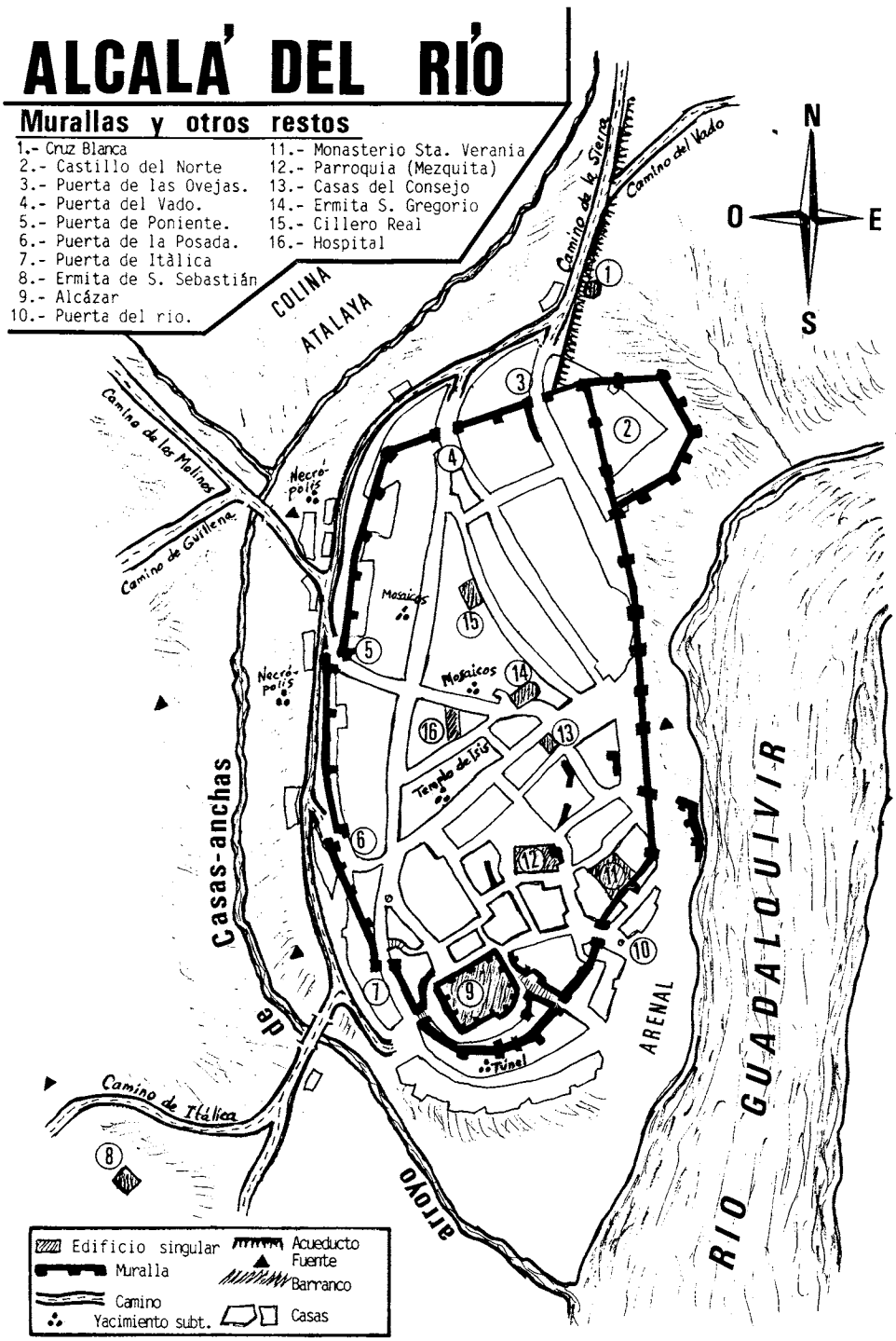
Relatos de hechos y sucesos que dicen ocurrieron en la villa de Alcalá del Río, según cuentan los más viejos del lugar.

Narrados por

José Benjamín Domínguez Aguilar

Consejero de la Fundación Marcos García Merchante

Fundación Marcos García Merchante
Alcalá del Río
Julio 1.994



HIPOTESIS DEL TRAZADO DE LAS MURALLAS DE ALCALA DEL RIO, EN REFERENCIA SOBRE EL CASCO URBANO ANTIGUO.

LEYENDAS ALCALAREÑAS

Una de las más maravillosas y útiles facultades con las que el hombre ha sido dotado es la capacidad de poder leer y escribir. Pero como sucede con tantas otras cosas, como la vista, el oído o la facultad de poder hablar y comunicarse, el uso contínuo y cotidiano de estas facultades nos lleva a no darles la importancia y el valor que tienen. Basta perder alguno de ellos, aunque sea temporalmente, para darnos entonces cuenta de lo mucho que hemos perdido.

Gracias a la escritura y su posterior lectura, el hombre consigue al menos dos importantísimas utilidades. Una es poder recordar lo que anotó, o que otra persona -incluso transcurrido mucho tiempo desde que fue escrito- pueda leer y conocer lo que otros escribieron,, consiguiéndose así una transmisión de los pensamientos y las ideas por encima de las limitaciones, de las barreras o del desgaste del tiempo. La otra utilidad es el poder disfrutar de la expresión, de las ideas y de los pensamientos de otros, sin necesidad de tener que estar presentes en una conversación oral.

Escribir Historia, hacer Historia, es aprovechar el vehículo de la escritura para dejar a salvo del olvido y del desgaste del tiempo los hechos y acontecimientos originados por el hombre a lo largo de su paso por la tierra, de forma que puedan ser conocidos y aprovechados por quienes, años o siglos después, deben valerse de estas experiencias.

Pero escribir la Historia, sea general o local, es una labor difícil y exigente. Todo cuanto se diga o cuente ha de ser escrupulosamente cierto, comprobable y demostrable. Ningún trabajo de Historia debe publicarse sin hacer referencia, a cada manifiesto, de qué fuente ha sido sacada la información, en qué documento auténtico se basa o qué pruebas se han hecho para dar por auténticos los restos u objetos que avalan lo que se narra.

Además de su valor testimonial y de experiencia, la lectura de la Historia conlleva también el placer y el disfrute de su lectura, aunque sea como simple medio de entretenimiento.

En el extremo opuesto de la Historia está la fábula, sea cuento o novela, donde se narran situaciones y acontecimientos totalmente imaginarios y muchas veces irreales, imposibles de haber sucedido, con la única pretensión de distraer con su lectura. En el cuento, los animales hablan y sienten, hay países encantados, castillos sobre las nubes, calabazas que se convierten en carrozas y tesoros de oro que se convierten en piedras o al revés.

Entre la Historia y el cuento, en un lugar intermedio, se encuentra la leyenda. La Historia exige que la veracidad de lo narrado quede demostrada, pero no siempre lo que se sabe o se supone que ocurrió puede ser demostrado con documentos auténticos, con pruebas irrefutables o avalarse con fuentes dignas de toda confianza. Ni siquiera hay base suficiente como para asegurar honradamente que lo narrado ocurrió realmente, aunque es perfectamente posible. Es frecuente, sobre todo cuando se trata de determinados hechos, que la única fuente de información de que disponemos es un relato transmitido oralmente, de generación en generación, de padres a hijos. Este género, que constituye la tradición popular y se expresa a través de las leyendas, aunque en ningún caso se le debe atribuir el valor y autenticidad de la Historia, no por eso deja de tener su propio valor, tanto como revivencia del pasado, como el servir de medio de entretenimiento por vía de su lectura.

En las leyendas populares no hay que buscar la veracidad de los hechos que se narran, porque no es esa su intención. Ni el que escribe lo hace para que se le crea ni el lector está obligado a creerle. Es sólo un relato de algo que muy bien pudo haber sucedido, tal como se cuenta o de otra forma parecida, o puede ser fruto de la imaginación de alguien que un buen día tuvo la ocurrencia de inventarse el hecho y luego contarlo como cierto con el sólo propósito de entretener o divertir.

Pero una leyenda no es nunca un cuento. Por lo general, las leyendas nacen de sucesos reales y auténticos, aunque luego la imaginación de las personas y el afán de resaltar lo más moralizante del relato o la heroicidad de su protagonista provoquen la introducción de ciertas exageraciones por encima de la realidad estricta. Es perfectamente comprensible que, cuando se transmite de boca en boca un hecho sobresaliente, quien lo cuenta le añada algo de su cosecha propia, con el sólo fin de resaltar lo extraordinario, no de engañar, y así la verdadera Historia queda deformada por la exageración. Las más de las veces, cuanto se narra en una leyenda, si comprobamos sus fechas, sus localizaciones o cualquiera de sus datos, podemos comprobar que coinciden perfectamente con pruebas

fehacientes o no hay nada que pueda demostrar que los hechos no pudieron suceder tal como se narran. Otras veces, la leyenda parte de algún objeto o lugar, sea una estatua, una cueva o una cruz en el cruce de cualquier camino, al que la imaginación popular le atribuye el suceso narrado, que muy bien pudo haber sucedido así, o en cualquier otro lugar próximo o parecido.

Con este número abrimos una serie de leyendas sobre Alcalá del Río.. En las páginas que siguen ofrecemos al lector esta primera serie de leyendas que tienen su desarrollo en nuestro pueblo o por gentes de nuestro pueblo. Antes que nada advertimos que no es Historia, sino leyendas, y como tales deben ser tomadas. Pero también advertimos que no son leyendas de otros pueblos o personajes a los que se les ha cambiado simplemente el nombre con el sólo fin de hacer creer que son nuestros. Son auténticas leyendas nacidas aquí, en Alcalá del Río, en base a relatos oídos a nuestros ancianos o basadas en objetos o lugares que están aquí, que podemos tocar con nuestras manos, que tienen unas inscripciones escritas por alguien, por algo o para algo, pero que nadie nos ha sabido explicar nunca hasta ahora.

Aunque son leyendas, esperamos que las disfrute y te invitamos, si está a tu alcance, que te entretengas en investigar todo lo que en ellas se cuenta y comprobar, con otros libros y escritos que conozcas, la veracidad de lo narrado. Pudiera darse el caso de que todo cuanto se cuenta en ellas haya sido verdaderamente cierto, aunque esto no estás obligado a creerlo.

José Benjamín Domínguez Aguilar

Relación de leyendas que contienen este número y el siguiente:

- LA FUENTE DE LA MORA
Leyenda de los tiempos de la conquista de Alcalá por San Fernando
(Siglo XIII)
- LA ERMITA DE SAN SEBASTIAN
Relato de los tiempos de la peste.
(Siglo XIV)
- EL CALLEJON DE LOS MUERTOS
Una historia de amor que escapó del tiempo.
(Siglo XX)
- LA PUERTA DE BIB RAGEL
Relato de cómo la Virgen de la Soledad socorrió a un alcalareño robado.
(Siglo XVIII)
- LA CRUZ DE LOS BENAVIDES
Relato de la ocasión en que nos visitó el diablo.
(Siglos XV y XVI)
- EL ACUEDUCTO DE AL QAL´AT RAGWAL
Una leyenda de moros y cristianos.
(Siglo X)
- LA CRUZ BLANCA
Relato de una noche de difuntos.
(Siglo XX)
- EL FRAILE QUE ENCLAVO AL CRISTO DE LA VERA-CRUZ.
Una narración que nos retornó de América.
(Siglos XVII y XVIII)
- SAN GREGORIO, TESTIGO PRESENCIAL
Leyenda sobra una hornacina del Santo
(Siglo XVIII)

La Fuente de la Mora

«Mas el rey don Fernando... él salió luego de Alcalá otrosí en pos de los que auie enbiados para los acorrer a grant priesa, et fue esta noche aluergar al uado que dizen de las Estacas; esto fue el día de Sancta María de agosto.»

(De la Crónica General de España).

Cualquier alcalareño habrá pasado alguna vez, unos a diario, otros de tarde en tarde, por la cuesta que llaman de la Mora, en el camino que va hacia la vega, en la orilla derecha del río antes de que éste llegue a la presa. Es una cuesta larga, en forma de ese muy abierta que, según se va de Alcalá a la vega, baja hacia la propia llanura de ésta, de la que la separa un pequeño arroyo que llaman de Gabino. Cerca del arroyo y a los pies mismos de la cuesta, una fuente antes fresca y limpia de riquísima agua, recubierta por restos de construcciones antiguas, es conocida igualmente como Fuente de la Mora.

Desde cuando lo recuerdo, todo el lugar estaba impregnado de un cierto misterio. A media cuesta, a la derecha según se bajaba, se podían ver restos de muros y construcciones muy antiguos, apenas perceptibles, que bien podían confundirse con un terreno pedregoso, a pesar de la altura en la que se encontraban con respecto al lecho del río. Junto a los restos de lo que pudiera haber sido una atalaya o fuerte de vigilancia del río -quizás el Castillo de Constantina, del que habla un romance del Cid- se hundía una vaguada siempre llena de arbustos y helechos a cuyo fondo pocos se detenían a mirar. De un tiempo a esta parte, las canteras situadas a los pies mismos de la cuesta se han encargado de desfigurar todo este paraje con sus desmontes, al tiempo que han ido descubriendo -entre sus diversos estratos de aluviones, capas arenosas y margas- testimonios de pobladores de otros tiempos ya muy antiguos, como estatuas de diosas, cerámicas y sepulcros, algunos de ellos a bastante profundidad.

Por una cosa o por otra, o quizás por algo que ni yo mismo sabría explicar, todo aquel entorno me ha parecido siempre misterioso y lleno de enigmas, en el que parecía que, al caer la tarde, el susurro de la brisa y las voces lejanas de los gañanes que aún permanecían en el campo, eran voces llegadas desde otros siglos de la historia que algo nos querían decir. Subiendo o bajando la Cuesta de la Mora, todo es un interrogante indefinido y difuso del que quizás lo único concreto que acertamos a plantearnos es el por qué, desde tiempo inmemorial, se le llama a aquello la cuesta y la fuente de la Mora.

Desde muy niño sentí curiosidad por este nombre de la Mora y preguntaba a mi padre por ello. Recuerdo que me dio diversas explicaciones, todas ellas incompletas, y que el tiempo se ha encargado de ir difuminando en mi memoria. No obstante, algo recuerdo de ello.

Para satisfacer del todo mi curiosidad, que siempre la he tenido, no he dejado de preguntar a unos y a otros sobre lo mismo, de rebuscar entre todos los papeles viejos que han caído en mis manos y de coger puntadas entre unos relatos y otros hasta recomponer, en la medida de lo posible, la auténtica historia de la Mora que dio nombre a aquellos parajes que tanta sugestión e intriga me han causado desde niño.

Lo que te voy a contar, no lo tomes como una historia, sino como una leyenda, y te la voy a contar tal como yo la creo, según la oí algún día o lo que acerté al leer en algún manuscrito de papel amarillento y

LA CUESTA DE LA MORA EN LA ACTUALIDAD. A la izquierda de la fotografía se observan los desmontes de las canteras y algunos restos de las construcciones antiguas existentes junto al camino.

letras casi borradas por el paso del tiempo.

***

Era el verano del año 1.247 a finales del mes de julio. En aquellos días, tras una penosa resistencia a todo trance por los defensores de «al Qal'at Ragwal», que así era llamado Alcalá del Río por los moros, el rey Fernando III de Castilla y León, por fin, había conseguido conquistar la plaza y entrar en ella con su ejército. Eran días de un calor sofocante, en los que, al atardecer, apenas corría brisa para que se moviesen levemente las banderas y estandartes blancos y rojos, con castillos y leones, que enarbolaban desde el día de la conquista sobre los altos y fuertes torreones con los que estaba rodeado todo el pueblo.

La defensa de Alcalá había sido dirigida por el propio Axataf en persona, caudillo y jefe militar del Reino de Sevilla, pero viendo ya imposible resistir por más tiempo al rey castellano, y avisado que unas naves castellanas subían río arriba para atacar a la propia capital de Isbiliia, nombre del que luego derivó Sevilla, Axataf salió a la desesperada de Alcalá con lo mejor de su ejército, dejando la fortaleza en manos de los vecinos para que éstos capitularan su rendición en la mejor forma que pudiesen.

Apenas el Rey Fernando el Santo entrara en Alcalá por la puerta de Poniente, mandó establecer sus reales o campamento sobre los solares y descampados que se encontraban detrás de toda la muralla de aquella parte hasta la puerta norte que daba salida al camino de la vega y del Vado de las Estacas. Con el tiempo, sobre estos solares se formaría luego la que sería llamada desde entonces calle del Real de Castilla.

RESTOS DE LA FUENTE DE LA MORA

Las capitulaciones de rendición fueron duras, dado que la resistencia había sido tenaz, con grandes pérdidas para el ejército castellano y por cuanto Alcalá era una plaza fuerte de vital importancia tanto para la defensa mora de Sevilla como para la seguridad de la retaguardia castellana. Comunicada con la capital por el río y por caminos por ambas de sus márgenes, rodeada de fuertes murallas y torreones y a dos pasos del Vado de las Estacas y del Castillo de Constantina, la fortaleza de Ragwal tenía que ser conservada sin riesgos de ningún tipo, máxime cuando ahora quedaría a la espalda del ejército que iba a rodear Sevilla y mantener su cerco hasta su rendición.

Por esta causa, las leyes dadas por el rey eran tajantes y duras: dentro de Alcalá sólo quedarían los caballeros y soldados castellanos y, de entre los pobladores que la habitaban antes de la conquista, tan sólo se permitiría quedarse a aquellos que fueren reconocidos y probados mozárabes, es decir, cristianos que habían estado viviendo entre los moros. Los demás, tenían de plazo hasta el día de Santa María de las Nieves -el 5 de agosto- para recoger sus pertenencias indispensables, reponerse de salud y abandonar la comarca. A partir de este día 5 de agosto, cualquier moro que se capturase en los alrededores de Alcalá, fuere hombre o mujer, sería considerado enemigo infiltrado en el reino de Castilla y, como traidor, ajusticiado en el mismo lugar de su captura.

Aquel 5 de agosto fue un día único en Alcalá del Río por su tristeza, que embargó incluso a los castellanos vencedores. Dado que la caída de Sevilla era inminente, todos los moros que habían de abandonar Alcalá decidieron ir, directamente, hacia otros reinos o lugares más seguros y que no estaban en guerra con Castilla, como eran Granada, Xerex, Ronda, Málaga o, aún mejor, pasar a Africa a través de Gibraltar y Tarifa. Para todos estos destinos, el único camino era a través de «al Qalàt Yabir» (Alcalá del Guadaira) y Utrera. A causa del excesivo calor, decidieron ponerse en marcha al caer la tarde con objeto de, al anochecer, haber pasado ya el Vado de las Estacas y acampar a la otra orilla del río. Para ello, y dado que a esas horas de la tarde la marea del río tenía cubierto el vado del Cascajal y no era recomendable su paso con tantos carros, animales, mujeres y niños, muchos de ellos a pie, es por lo que decidieron pasarlo por el otro vado, que se encontraba río arriba, en la vega,

en el que se dejaba sentir menos el efecto de la marea.

En la mañana de aquel 5 de agosto, muchos moros se despidieron de los mozárabes que se quedaban en Alcalá, pues existían estrechos y recíprocos lazos de amistad en muchas familias. Llantos, lágrimas, suspiros, tristeza y desesperación era todo lo que aquella mañana corría por las calles alcalareñas. Por la tarde, después de una necesaria siesta para reponer fuerzas para el largo camino que les esperaba, la comitiva se puso en marcha. Los puntos de reunión eran la plaza de armas, junto al mirador del río y la plaza que estaba junto a la mezquita y su alminar, que luego habríamos de conocerlas como Plaza de España y Plaza del Calvario.

Formada la comitiva, dados los últimos encargos y abrazos, comprobado que todo lo necesario había sido cargado en los animales y carros y que ningún niño faltaba, se pusieron en marcha hacia la Puerta del Vado, atravesando el real castellano. A un lado y a otro de la senda entre las tiendas del real, luego Calle del Real de Castilla, los soldados cristianos, con su rey al frente, presenciaban el trágico desfile. Ni siquiera su condición de vencedores victoriosos les evitó el sentir y el sufrir aquel triste espectáculo de familias enteras, derrotadas en todo, camino a lo desconocido, dejando atrás el lugar donde habían nacido ellos y sus antepasados, sin más patrimonio que lo que llevaban sobre su carro o su burro. Todos miraban atrás como despidiéndose de su querido Ragwal, al que sabían que ya no volverían jamás.

Sobre el más lujoso de los carros una mujer joven y guapa llamó poderosamente la atención del rey. A pesar de su profunda tristeza, la mirada que cruzó con el rey no fue de odio, ni de venganza, ni siquiera de reproche. Fue quizás como una súplica, no falta de cierta admiración. El rey no supo leer exactamente el mensaje de aquella mirada que, aunque nostálgica y suplicante, parecía tener algo de aprobación o, al menos, de resignada aceptación.

El mismo rey, conmovido y entristecido por esta cara negativa de la guerra, penetró en su tienda y, ante la pequeña imagen de la Virgen con el Niño que siempre le acompañaban en las campañas, se puso a rezar. En su oración a la Virgen de los Reyes, vino a decirle algo así:

-»Santa María, Madre del Redentor, según el recto juicio que me dicta mi conciencia, he de guardar y proteger los reinos y a los vasallos que Dios ha puesto a mi cuidado, y también estos nuevos reinos y ciudades que, para mayor gloria de Dios y su santa religión, estamos conquistando a los infieles. Para su guarda y seguridad, me veo obligado a dictar leyes severas y duras que disuadan a nuestros enemigos de intentar causarles grandes daños y perjuicios a quienes Dios ha puesto bajo mi protección y cuidado. Pero no quisiera ser injusto con estas pobres gentes, entre los que sin duda debe haber mucho inocente.

Por mi regia condición y deber de ser el ejemplo de mis soldados y caballeros, en el ejercicio de mi autoridad, he de cumplir y hacer cumplir las leyes que yo mismo me siento en obligación de dictar, pero si algún caso debe ser una excepción, no permitas que mi rigor llegue a cometer injusticia.»

Cuando volvió a salir de su tienda toda la comitiva había pasado y fue entonces cuando se interesó por saber de aquella mujer que tanto le había impresionado, pues por su atuendo y carroza parecía de clase noble. Mandaron traer a un mozárabe, llamado Juan, quien le contó que se trataba de Yzyyra, la hija del alcaide o gobernador de la fortaleza de Ragwal (alcaid). Su padre, autoritario, déspota y tirano, había huido con Axataf a Sevilla antes de la rendición, dejando tras de sí una justa fama de tirano no sólo para los cristianos, sino para los propios moros alcalareños. Su hija Yzyyra era lo contrario que su padre, caritativa, indulgente y comprensiva. Entre los alcalareños era general el rumor de que se quería convertir al cristianismo, pero que por temor a su padre no se había bautizado,

VISTA GENERAL DE LA CALLE REAL DE CASTILLA

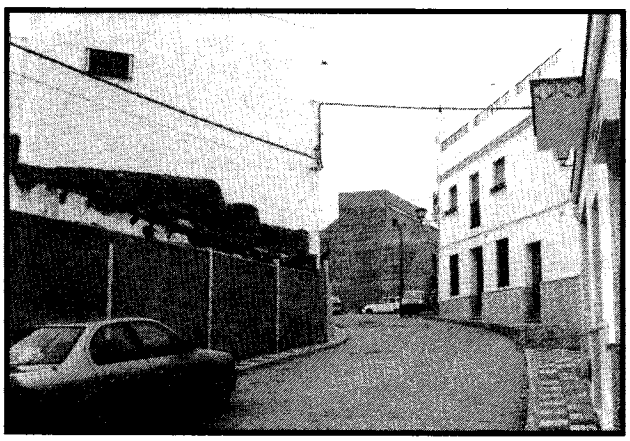
ya que si esto se hubiese producido, no sólo ella hubiese sido la víctima de la ira del caid, sino que muchos mozárabes hubiesen sufrido las consecuencias.

***

Enterado también el Rey Fernando que Ramón Bonifaz subía río arriba con una escuadra de barcos, dispuesto a romper el puente de barcas que unía Sevilla y Triana, ordenó hacer los preparativos para levantar el campamento y aproximarse a Sevilla, iniciando así el cerco y asedio definitivo de la ciudad.

Una vez había sido desalojada la fortaleza por los moros, se aprovecharon estos días más tranquilos para el descanso y curación de los soldados heridos en la conquista, el arreglo de las máquinas de guerra, la organización administrativa de Alcalá de Guadalquivir, que así se comenzó a llamar en legua castellana y, sobre todo, para dar gracias a Dios por la curación del Rey y la victoria. En la curación del monarca tuvo mucho que ver el sepulcro de San Gregorio donde, al introducir la cabeza para contemplar sus restos, se sintió repentinamente aliviado del gran dolor que le venía aquejando.

Se fijó como fecha de partida el día 15 de agosto, festividad de Santa María. Aquel día por la mañana, el Arzobispo de Segovia Don Remondo, que acompañaba al rey en la campaña, consagró la mezquita como iglesia mayor en honor de Santa María por ser su festividad y, seguidamente, se celebró una solemne función de Acción de Gracias. Debido al fuerte calor, al igual que lo hicieran los moros expulsados, la partida se señaló para las horas de la tarde, cuando el sol se ocultase tras las almenas de las murallas de poniente, siguiéndose igualmente el camino del Vado de las Estacas para hacer noche junto al mismo vado. Aquel día, mientras los soldados emplearon la siesta para descansar y preparar sus impedimentas, el rey la pasó en oración ante el sepulcro de San Gregorio, en la pequeña ermita bizantina situada junto a la plaza de armas, ordenando seguidamente que se dispusiera que la ermita fuere reparada, ampliada y adornada.



SALIDA DE LAS VENTILLAS. Lugar donde estuvo la Puerta del Vado del recinto amurallado. A la izquierda de la fotografía se pueden observar aún restos de la muralla.

Llegada la tarde, todo el ejército castellano, a excepción del retén que quedaría al cuidado de Alcalá, se puso en marcha a través de la calle del Real. El rey, el Arzobispo Don Remondo, sus caballeros nobles y los de las órdenes militares encabezaban el cortejo a caballo entre banderas y pendones acuartelados blancos y rojos con sus leones y castillos.

Tras cruzar la puerta del Vado y bajar el pequeño repecho que la une con el camino de la sierra, se encaminaron al norte. Al principio, el camino era ascendente, de tierra margosa y polvorienta, escaseando los árboles que pudieran protegerles del sofocante calor, a pesar de que el sol estaba ya tocando el horizonte tras el cerro de la Atalaya. Por ello, cuando la comitiva coronó la loma que se halla a un cuarto de legua y comenzó a descender por el camino de la vega hacia el vado, la sed y el sofoco se habían apoderado de todos.

Al terminar de bajar la cuesta y llegar al arroyo que corre entre ésta y la vega, éste se encontraba casi seco debido a las fechas en que estaban, ordenándose que sólo acercaran a beber a los caballos que mostraran tener más sed y que los hombres esperasen a llegar al vado, que se encontraba ya a unos pasos. Viendo unos de los acompañantes que hacía de guía que el rey estaba muy fatigado y sediento, pues ni siquiera había descansado durante la siesta, indicó que allí junto, oculta por las adelfas, había una fuente muy sana y fresca. Varios servidores y soldados fueron con diversas vasijas a la fuente y volvieron, para sorpresa del Rey, con una mujer mora a quien Fernando reconoció inmediatamente. Era Yzyyra, la hija del caid.

Mandó que la trajesen a su presencia y, tras preguntarle si entendía el castellano y ella afirmar que sí, le preguntó por qué no había cumplido la ley dada y se había ido con los suyos, sabiendo que el castigo era la muerte.

Yzyyra, con sumisión pero sin miedo, explicó:

- Majestad, apenas salimos de Ragwal, los que iban conmigo, al verme sin protección, comenzaron a acusarme de que era más cristiana que mora, luego unos desalmados se apoderaron de cuanto llevaba. Después de esto, ¿qué vida me espera?. Viajo a lo desconocido sabiendo la vida que me aguarda: siendo pobre los míos me consideran y me desprecian como si siguiera siendo la hija del caid; deseando ser cristiana habré de seguir siendo musulmana; siendo mora, los míos me considerarán como una cristiana.

- ¿Y el castigo al que te arriesgabas quedándote aquí? -le preguntó el rey, añadiendo: - ¿No sabías que si te sorprendíamos tendría que hacer cumplir mi ley, aunque me pesara?

- También lo sabía y contaba con ello -contestó Yzyyra- pero mi vida no es lo que más me preocupa ahora. ¿Qué futuro es el que me espera, viviendo errante y sufriendo el odio que a causa de mi padre me tienen muchos de los míos y a causa de mi no disimulada preferencia por el cristianismo? Para llevar esta vida, prefiero la muerte. Por esto me he confiado a Santa María y decidí quedarme e implorar de los cristianos que me dejasen vivir aquí, junto a este arroyo, por el resto de mi vida. Lo más que podía perder en ello era la vida si se me aplicaba la ley dada por Vos con toda su rigidez, pero no me preocupa el que cumpláis vuestra ley en mí, si antes, me concedéis el favor de mi última voluntad, favor que estoy segura que no me negaréis estando en peligro cierto e inminente de muerte.

El rey, asombrado y conmovido por la sensatez y humildad de la hija del caid, le preguntó cual era ese último deseo.

-Ser bautizada- fue lo único que Yzyyra dijo, sin vacilar.

Fernando miró a Don Remondo en busca de un gesto de aprobación. El Arzobispo de Segovia le preguntó a Yzyyra si conocía la religión cristiana, si tenía fe y si estaba preparada para ello. La respuesta de la mora no sólo fue convincente, confirmando lo que ya ellos sabían, sino que sin tregua comenzó a recitar el Credo.

El rey, profundamente conmovido y emocionado, ordenó que fuese descubierta la imagen de la Virgen con el Niño para que, a modo de altar, presidiera la ceremonia. Fue el mismo Rey quien se ofreció a hacer de padrino y el propio Don Remondo quien, con agua de la fuente, la bautizó con el nombre que ella misma había elegido: María Verania.

Al terminar la ceremonia, y tras un breve momento de silencio que nadie se atrevió a romper, o porque María Verania permaneció en profunda oración o porque la emoción no les permitió articular palabra, fue María misma la que dijo:

- Señor, ya estoy preparada para morir. Ya podéis hacer cumplir vuestra ley si así lo requiere el buen gobierno de vuestro reino...

Fernando, recordando su oración a la Virgen el día de la salida de los moros de Alcalá, le contestó con solemnidad, pero con satisfacción y dulzura:

- Mi ley era contra los moros, no contra los cristianos y tú, que eres ahora cristiana, no puedes ser objeto de castigo alguno. Levántate y vuelve a Alcalá.

Yzyyra, besando las manos del rey, agradecida y emocionada, aún se atrevió a pedirle una cosa más:

- Señor, he vivido en la opulencia y en la riqueza hasta hoy, mientras otros vivían en la necesidad y la pobreza. Permíteme quedarme a vivir entre estas ruinas, viviendo de la caridad de los caminantes y del agua de esta fuente que me ha dado de nuevo la vida, hasta que Dios quiera. Al fin y al cabo, nada me queda ya en Alcalá, y sin embargo aquí poseo el recuerdo de este momento. Me habéis hecho la mayor merced que he recibido en mi vida y no quiero más. Viviré aquí haciendo vida de penitencia y oración, como lo hizo Verania.

No le negó el Rey Fernando este deseo, aunque sí, mientras iniciaban el camino hacia el Vado de las Estacas, recomendó a uno de los caballeros que, una vez pasado el vado había de volver a Alcalá, que cuidara de ella y que nada le faltase, pues no en vano ahora era ahijada del mismo Rey.

Yzyyra vivió muchos años en las ruinas de aquella cuesta, ayudando a cuantos caminantes necesitaban ayuda o, simplemente, un poco de agua fresca.

Por su propio deseo, allí vivió Yzyyra no se sabe cuantos años, pues según unos, dejaron de verla alrededor de la fuente a partir de la invasión mariní del año 1261, en la que los moros entraron y arrasaron buena parte de Alcalá. Según otros, la volvieron a ver mucho tiempo después, pero a ciencia cierta nadie supo explicar qué fue de ella.

Lo cierto y verdad es que, aunque la historia de su bautizo era conocida, todos la llamaban «la Mora», no sabemos si por ser la única mora que quedó en Alcalá tras su conquista o quizás por cierta envidia, ya que no ha nacido en Alcalá del Río quien haya sido mejor bautizado: un Santo Rey por padrino, un Arzobispo por ministro, por nombre María Verania, en un 15 de agosto y ante la Virgen de los Reyes.

De todo este suceso, aún perdura el nombre de Cuesta de la Mora y Fuente de la Mora en este lugar. Y también este modesto relato, que tenga mucho o poco de verdad, muy bien pudo ser así. Al menos, todo lo que hasta ahora se puede leer en los papeles antiguos, así lo confirma.

La Ermita de San Sebastián

Cuando los que ya vamos para el medio siglo nos reunimos y hablamos de nuestros tiempos jóvenes, casi siempre venimos a estar de acuerdo en que, hace más de 30 años, los jóvenes alcalareños se divertían tanto o más que los de ahora, a pesar de no haber discotecas ni pubs. Era quizás una diversión más sencilla, y también más barata, pero tan gratificante que los que vivimos aquellos tiempos las recordamos con complacencia.

La distracción del domingo, además del cine, era el paseo, para el que, según las épocas del año y la hora, tenía un lugar determinado: por la tarde era la orilla del río en verano, la carretera del cementerio en noviembre y el Puente de las Arenas en invierno. Por la noche era siempre La Laguna durante el invierno y la plaza en verano.

Y hablando de los paseos al Puente de las Arenas, muchos saldrían iniciando su itinerario por la calle Mesones, bajarían por el Horno del Portugués a la carretera y, ya tomada ésta, pasarían por encima del Arroyo de las Caganchas y subirían por la calle ahora llamada Antonio Machado en dirección a la Huerta del Rey. Ya en mis tiempos todo esto estaba edificado, excepto las nuevas barriadas con las que Alcalá termina a ambos lados de la carretera. A la izquierda, según se va a la Huerta del Rey, donde hoy está la Barriada Guadalquivir, había un olivar en lo que le llamaban la haza de la Ermita.

Resultaba ser un paseo apacible y placentero, pero hubo una familia alcalareña que hizo este mismo itinerario de ida hace ya muchos años, pero de forma totalmente distinta, bajo la más apremiante angustia y embargada por el horror.

Por el tiempo pasado desde entonces y lo poco aficionados que hemos sido siempre en Alcalá a escribir y guardar los papeles viejos, muy poco podemos saber a ciencia cierta de los detalles de lo que sucedió realmente, pero la tradición, los relatos legendarios y algunos datos y vestigios históricos que aún quedan en algún sitio, nos podrían ofrecer la posibilidad de reconstruir los hechos.

***

CALLE ANTONIO MACHADO, CON SUS ESQUINAS A LAS CALLES CERVANTES Y SAN PABLO. Barrio asentado sobre los antiguos terrenos de la Ermita de San Sebastián.

Debió de ser hacia el año 1348, cuando la gran epidemia de peste que asoló casi media España, llevándose a uno de cada tres vecinos de los que vivían en Sevilla. En los pueblos la catástrofe llegó a ser más leve por cuanto la vida en descampado y retirada de las grandes aglomeraciones urbanas favorecía la posibilidad de no contraer el contagio de la epidemia.

La familia protagonista de nuestra historia pudo ser una familia media de las que existían en la época, compuesta por el matrimonio, cuatro o cinco hijos y algún que otro abuelo.

Apenas los barqueros y los arrieros trajeron a Alcalá la triste noticia de que por los puertos de Cádiz había entrado la peste y que en Sevilla las

gentes se estaban muriendo por las calles de forma que donde había tres personas conversando una no terminaba la conversación, el terror se apoderó de los alcalareños, esperando que de un día a otro comenzara la terrible mortandad también en Alcalá.

Los que podían, recogieron apresuradamente sus pertenencias más imprescindibles, lo cargaron en un carro y se fueron con su familia al campo a esperar que pasara la visita de la muerte. Una de estas familias bien pudo ser la de nuestra historia.

El carro, cargado de niños, colchones y algún que otro caldero, descendió por la calle de los Mesones para salir por la puerta de la muralla que había a mitad de esta calle a la altura del hoy callejón del Aire. Apenas traspasada esta puerta, la que llamaban de Itálica por salir de ella el camino hacia Santiponce, bajaron hacia el arroyo de Casasanchas o Caganchas, por el que se cruzaba por un viejo puentecillo de troncos y tablas, y se fueron a lo alto de la loma que hay enfrente con la idea de pasar allí los días de epidemia en una choza que la familia poseía en este lugar. Aquel resultaba un buen lugar por cuanto estaba fuera de la población pero cercano a ella, de forma que se podía venir en poco tiempo para comprar o recoger de la casa algunos alimentos o cosas que fueren precisas.

El corto trayecto, que entonces estaba totalmente despoblado, lo pasó protestando y renegando de Dios aquel cabeza de familia que sentía la guadaña de la peste tras sus talones. En sus pensamientos, trataba de pedir explicación a Dios de por qué permitía aquellas epidemias y tantos desastres como se estaban viendo por aquellos años de guerras, de hambre, de sequías, inundaciones y enfermedades.

Con estos irreverentes pensamientos de protesta remontó el repecho del camino de La Algaba y llegó a la cabaña de la loma, desde la que se divisaba toda la vega del río por una parte y por detrás la huerta del Rey y la Atalaya, con Alcalá al frente, rodeado por sus ya maltratadas murallas, semiderruidas en algunas partes.

Mientras su mujer, los abuelos y los niños bajaban del carro y metían los trastos en la choza, le pareció ver a alguien extraño detrás de un olivo no muy lejano y se fue para allá, dejándole perplejo lo que encontró y más perplejo lo que luego oyó.

Atado a una estaca estaba un muchacho semidesnudo, cubierto sólo por una especie de sudario, con el cuerpo atravesado por varias flechas y totalmente ensangrentado. Apenas se repuso de la sorpresa, intentó desatar al muchacho y éste, nombrándole por su nombre, le dijo que no le tocara, que le dejara como estaba.

Como el alcalareño se quedara mirándole en actitud interrogante, el muchacho añadió:

- No culpes a Dios de los males que pasan en el mundo, que Dios no quiere nada malo para sus hijos. Si hay hambre, es porque muchos acaparan el trigo para hacer negocio y enriquecerse. Si hay guerras es porque los poderosos no están nunca satisfechos con lo que tienen. Si hay crímenes, es porque los hombres no ven al hermano en los otros hombres. Si las inundaciones arrasan las casas, es porque los hombres no respetan el orden natural y no edifican en lugares más altos... Y si alguna vez compruebas que un mal no es culpa de los hombres, no preguntes tampoco por qué Dios lo permite, más bien pregúntate para qué, y puede que el tiempo luego te dé la respuesta; y si el tiempo no tiene respuesta, tal vez ella estaría en lo que hubiese ocurrido si lo sucedido no hubiese pasado.

El hombre, temeroso y convencido que estaba ante

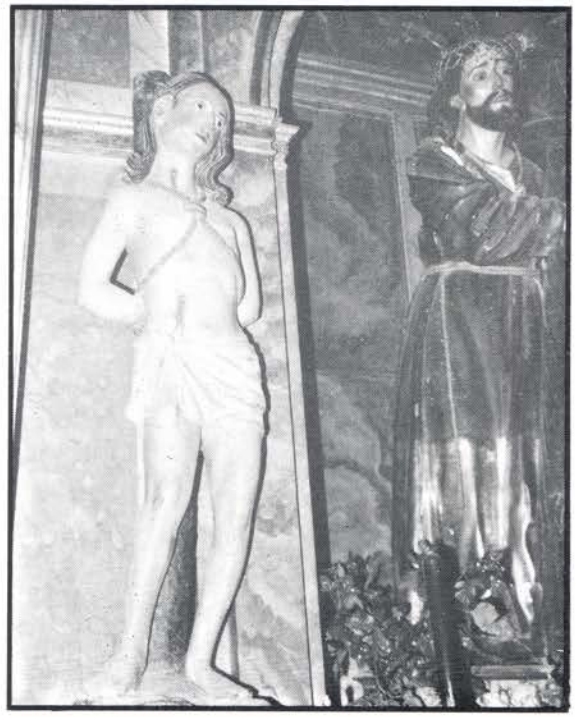


IMAGEN DE SAN SEBASTIAN. En el lugar donde ahora se halla, junto al Cristo del Cansancio en la capilla del bautismo. En la antigüedad, presidió la ermita dedicada al Santo.

algo sobrenatural, se arrodilló y pidió perdón por sus pensamientos de protesta. El muchacho prosiguió:

- Si de veras te preocupan tanto los males que suceden, no eches la culpa a Dios, pues buena parte de las soluciones están en vuestras manos. No siembres la mentira ni la envidia en tu alrededor, atiende al que te necesite, procura hacer feliz al que tienes cerca, nos seas avaricioso, habla siempre con la verdad, no desees para otro lo que no quieres que te hagan a ti, respeta el orden natural de las cosas... y cuando necesites algo que no puedes alcanzar, pídeselo al Padre que está en los cielos, porque si tú, que eres malo das cosas buenas a tus hijos, ¿qué no te dará a ti Dios que es el Padre perfecto?. Te digo más, si has de sufrir por algo que tú no tienes culpa, ofrece tu sacrificio por el bien de los demás y encontrarás entonces la respuesta del para qué es permitido tu dolor. Por eso no te dejo que me desates ni que me cures las heridas, porque gracias a mi dolor y a mi martirio Alcalá va a quedar libre de la epidemia y no morirá nadie a causa de ella.

Y dicho esto, le indicó que volviera a tomar a su familia y se volviese al pueblo.

Y así lo hizo. Al principio, por temor a que se rieran de él o lo tomasen por visionario nada dijo a nadie, pero cuando pasó la epidemia sin que Alcalá tuviese que lamentar ni una muerte, a todos contó lo sucedido, explicándose de tal manera en lo que aquel muchacho le había dicho que todos comprendieron que aquellas ideas no estaban al alcance de aquel hombre y no podían haber salido de su cabeza.

Y no habiendo duda de que aquel muchacho que se le apareció y que protegió a Alcalá de la epidemia no era otro que el santo mártir San Sebastián, el pueblo no sólo le reconoció como santo protector del pueblo sino que le levantó una ermita en su honor en aquella loma, que aún hoy lleva por nombre el de haza o estacada de la «Ermita».

***

Durante siglos estuvo levantada esta ermita de San Sebastián, lugar donde muchos alcalareños iban a implorar al santo protector su ayuda contra la peste cada vez que había rumores de epidemias. Pero la enfermedad de la peste fue poco a poco desapareciendo, y con ello el temor de las gentes a esta terrible plaga. También los alcalareños se fueron olvidando de la ermita de San Sebastián, la cual fue cayendo en ruina, de tal forma que en la visita que hizo en el siglo XVII a Alcalá un visitador arzobispal hizo anotar en su libro de visitas que la ermita estaba casi en ruina y sus enseres y altares en lamentable estado de deterioro y abandono.

Nada hicieron los alcalareños por remediarlo y la ermita terminó desapareciendo, dejando sólo en su lugar el nombre de «Haza de la Ermita», con el que hoy lo conocemos. Cuando esto sucedió, la imagen de San Sebastián que presidía el retablo mayor fue traída a la parroquia, donde hoy la podemos ver todavía en la capilla del Bautismo, junto al Cristo del Cansancio, aunque también ha perdido ya las flechas. También se trajo a la parroquia la pequeña campana de su espadaña, la cual se fundió junto con la vieja campana del reloj de la torre para hacer la campana que está hoy, en el balcón que da hacia el tejado de la iglesia.

Pero no todo ha sido olvido y abandono. Los alcalareños encargaron al pintor Martínez Gradilla un cuadro con San Sebastián y San Roque para perpetuar el patronazgo de estos santos protectores del pueblo contra las epidemias, tal como reza un papel que en el mismo cuadro se ve pintado en el suelo, a los pies de ambos santos. Este cuadro no es otro que el que está situado en la capilla de la Inmaculada, encima de la puerta pequeña por la que se entra en la sacristía. En los papeles o cartelas que aparecen pintados dice:

CONTRA LA PESTE CRUEL	ESAS FLECHAS MARTIR SON
SOIS ROQUE TAN IMPORTANTE	DE VALOR CASI INFINITO
QUE ALCALA DEL RIO FIEL	DE ESTE PUEBLO SOIS BLASON
TE RUEGA COMO TU AMANTE	Y ASEGURA POR ESCRITO
CON EL ANGEL RAFAEL	DE TENEROS POR PATRON

Bueno sería que los alcalareños volviesen a recordar que en los terrenos de las calles San Pablo y Cervantes, junto con la nueva barriada, un día pertenecieron a la ermita y al cementerio de San Sebastián. Y si a todo este barrio o sector que se encuentra entre la carretera de La Algaba y el camino de la plaza de los toros hubiese que ponerle un nombre, ninguno mejor que el de San Sebastián, que es el que siempre tuvo. De esta forma, podríamos atraer de nuevo el favor del santo, que si bien ya no necesitamos que nos libre de la peste, porque esta enfermedad está ya totalmente erradicada, bien nos podría librar de otro tipo de peste que actualmente estamos sufriendo. Otra peste, más moderna y más peligrosa que aquella, como es la droga.

El Callejón de los Muertos

De todos es conocido que Alcalá del Río, hasta principios de este siglo, no era más población que la que, desde siempre, comprendía el perímetro de sus murallas. Estas murallas, si comenzamos su recorrido por la parte del río y del puerto -y cuyos restos y ruinas se conocen como las Peñas del Lagarejo- continuaban por el barranco de la plaza y por la calle «Chozas» hasta el castillo o fortaleza que había detrás del Barrio de la Oveja y del que aún quedan buenos trozos de los cimientos de sus torreones. Esta calle «Chozas» trascurrría por detrás de los postigos de la calle Merchante, hoy Antonio Reverte, y llegó a desaparecer por hundimiento de toda esta zona, engullida por el río.

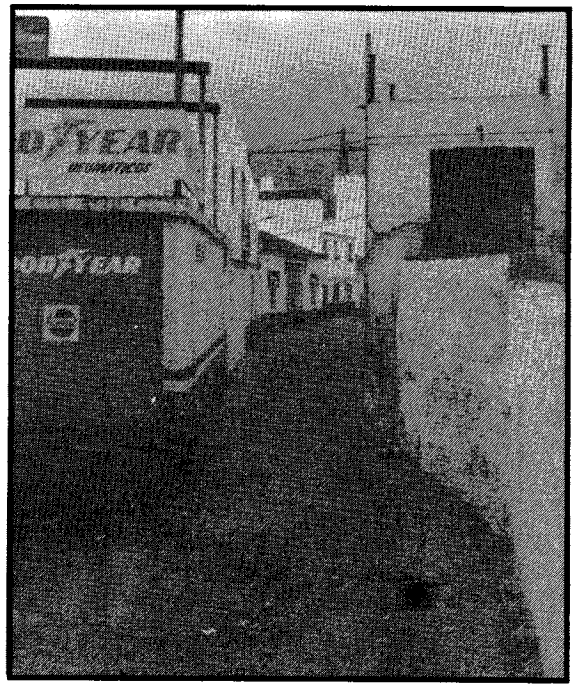
Desde el castillo del norte, en el Barrio de la Oveja, la muralla continuaba en dirección al Peñón Alto, pasando por el corral de los «Valencianos» y por la puerta de los Noguera, donde aún podemos observar algunos de sus restos. Y desde el Peñón Alto, seguía el hilo de la carretera, por detrás de los postigos de la calle Real hasta empalmar nuevamente con las Peñas del Lagarejo, cruzando por la Cuesta de Carreto, por la calle Mesones a la altura del callejón del Aire, por el Alcázar y el Arenal.

Fuera de este cinturón de piedra y mortero, apenas había algunas casas o almacenes aislados, como pudieran ser la Venta del Santo frente a la Cruz Blanca, la casa de Juan Bola, la Fuente de la Girona y la carpintería de los Matías en las Caganchas, o una casa que se construyó en el camino de La Algaba, pasando el arroyo de las Caganchas, cerca de los terrenos de la Ermita de San Sebastián. Esta casa, la primera que se construyó por la zona de El Filtro, está todavía en pie y no es otra que la que, junto al Bar Saco, hace esquina en la calle Antonio Machado con la calle Santa Ana, frente al taller de los Hermanos Gutiérrez.

Luego, a lo largo de los primeros años de este siglo, se fueron construyendo más casas a lo largo de la carretera y se fueron formando las primeras calles de los extramuros.

Una de estas primeras calles que se formaron fuera del perímetro de las murallas es la que va a servir de protagonista de este relato. Es una calle casi desconocida por ser poco transitada, callada y tranquila. Nadie la toma para ir de un lado a otro por cuanto no tiene salida ni conduce a ninguna parte. A pesar de su olvido, ha sido siempre una calle limpia, con casas humildes pero aseadas y arregladas, habitadas por lo general por familias de antigua raigambre en Alcalá. La calle a la que me refiero es el callejón que está situado a la espalda de la carpintería y la fragua de los Matías, entre la carretera y las Caganchas. Esta calle, cuyo nombre actual es el de «Herrerías», en los años de mi niñez no tenía nombre, y los niños que solíamos jugar en ella le llamábamos «El Callejón de los Muertos».

Recuerdo que era uno de los sitios donde más nos gustaba jugar. Su suelo de tierra, siempre húmeda en invierno, nos servía para jugar a las bolas, al trompo y al «ché». Era tranquila y silenciosa, salvo cuando la sierra mecánica de la carpintería estaba funcionando o Aurelio Matías forjaba alguna reja en el yunque. Al no tener salida, salvo el corto y empinado callejón que, detrás de la carpintería, la unía de nuevo a la carretera, pero cuyo callejón siempre estaba ocupado por gruesos troncos de eucaliptus y otros árboles para uso y consumo de la carpintería, ningún carro pasaba por ella. Allí



VISTA PARCIAL DE LA CALLE "HERRERIAS", conocida en tiempos pasados como "Callejón de los Muertos".

se podía jugar sin tener que interrumpir los juegos a causa del transito de carros, mulos u otros vehículos.

Era una calle casi en exclusiva para nosotros, los niños de la zona, a la que no solían ir los niños de otros barrios salvo los días anteriores a la Navidad, en los que todos iban a ella a coger los «mocos» del carbón de la fragua para hacer las «montañas» del Nacimiento y, de camino, coger también algunas hierbas con las que dar más realismo a los caminos que llevaban al Portal y al río, simuladas sus aguas con papel de plata o con un trozo de cristal de lo que quedó cuando se rompió el de la ventana.

Aquella calle era como nuestro Cuartel General. Lo mismo servía para ensayar la banda de tambores de Jesús «El Requeté» como para que «El Izaguirre» hiciera alardes de buen portero, lo que le sirvió para ganarse el sobrenombre, por su parecido al gran portero de entonces Eizaguirre. Allí nos citaríamos pequeños y no ya tan pequeños para «organizar» la «batería» en el Peñón Alto contra la banda de los niños del Calvario.

Al final de la calle, un portalón grande que daba a un corralón donde se criaban cochinos y se vaciaba la basura del pueblo, taponaba la salida de esta calle, siempre en sombra y solitaria. El por qué de aquel nombre de «Callejón de los Muertos» no sabría explicártelo. Que yo recuerde, ningún suceso luctuoso ocurrió por entonces para que le llamásemos de esta forma. Luego, sí recuerdo que en unas obras que se estaban haciendo en el corralón apareció un sepulcro de piedra con un esqueleto con armadura, que los maestros nos explicaron que se trataba de una tumba anterior a los romanos, posiblemente de algún soldado filisteo, por lo grande que era. Pero este hallazgo no vino sino a confirmar el nombre de «Callejón de los Muertos», pues ya antes de que apareciese el filisteo lo llamábamos así.

MONUMENTO FUNERARIO DE MARCO CALPURNIO LUCIO, hallado el 28 de diciembre de 1.728 junto al arroyo de Casasanchas.
(Museo Arqueológico Provincial de Sevilla)

En verano, su suelo terrizo y siempre fresco por apenas darle el sol solía ser un lugar muy agradable y tranquilo para formar corros y contar las historias que nos contaban nuestros abuelos. Y puestos a contar, todas las historias de fantasmas, aparecidos y fenómenos de ultratumba las situábamos ocurridas en esta calle, que para eso se llamaba «Callejón de los Muertos». Según nuestra imaginación, en esta calle aparecía el Fantasma de las Caganchas y, según atestiguaban algunos, en esta calle era donde antiguamente se oían los lamentos de unos difuntos, que llamaban a compasión a los que pasaban por la carretera, que entonces era sólo un camino que bordeaba las murallas. De todas las historias que se contaban, la que más impresionaba era la de que allí se oían los lamentos de uno que había dejado al morir a su madre, a su mujer y a su hijo pequeño, y que pedía compasión para él y para la familia que había dejado atrás.

En aquellos tiempos, con frecuencia nos oscurecía jugando por aquellos egidos, postigos y descampados, pero cuando jugábamos en el Callejón de los Muertos, rara vez permanecíamos en él después de ponerse el sol.

***

Todo esto que te acabo de contar no son más que recuerdos de una niñez que ya se va quedando muy atrás, pero que fue muy feliz a pesar de los pocos juguetes que teníamos. Pero si poco teníamos, sólo imaginación, también es cierto que, con imaginación, muy poco más se necesita para jugar.

Pero este relato va a servir para demostrarte que todas las leyendas y las historias fantásticas que corren de boca en boca en los pueblos, oídas de abuelos y de ancianos, tienen siempre un origen basado en acontecimientos reales y verdaderos, aunque luego se olviden

estas razones y quede sólo el relato fantástico.

Para nosotros, el origen y fundamento del nombre de «Callejón de los Muertos» era totalmente desconocido. Ni habíamos visto nunca el Fantasma de las Caganchas ni tampoco habíamos oído nunca los lamentos y súplicas de aquel muerto que decían que suplicaba por su mujer, por su madre y por su hijo pequeño. Tan sólo lo creíamos porque éramos niños y porque nuestros maestros, Don José el Nuevo, Don José El Viejo y Don Vicente, con su inestimable labor docente, nos despertaban nuestra imaginación contándonos historias parecidas y demostrándonos que las leyendas tenían siempre su fundamento.

En mi caso concreto, hace ya mucho tiempo que dejaron de impresionarme las leyendas y los relatos de misterio y que el «Callejón de los Muertos» dejó de darme miedo, pero hoy tengo que decirte que he comprobado que el nombre del callejón estaba muy bien puesto y que he llegado a oír los lamentos de aquel pobre hombre que pedía compasión para su familia a quienes pasaban por el camino.

Y tú también vas a tener razón para llamarle «Callejón de los Muertos» a esta calle cuando te cuente lo que viene ahora y, si quieres, también podrás ser testigo de estos lamentos.

Está demostrado históricamente que la ladera que caía desde la carretera, hoy Avenida de Andalucía, hasta el fondo del arroyo de las Caganchas, ahora cubierto y entubado por encima del cual transcurre la calle Pimienta, fue en tiempos romanos la antigua necrópolis de Ilipa Magna. Necrópolis, palabra de origen griego y asumida por los romanos, significa «Ciudad de los Muertos» o, simplemente, cementerio.

Esta ladera o barranco, hoy ya cubierto por edificaciones y por donde bajan las calles Asunción, Santander y Santiago o atraviesan en sentido transversal las calles Herrerías, Concordia o Pimienta, hasta no hace mucho eran corrales, chumberas, carcas y estercoleros al fondo de los cuales corría el arroyuelo. Y mucho antes, fue el cementerio romano y también el cementerio moro de «al-Qal'at-Ragwal». De estos hechos han sido testigos y pruebas los muchos restos arqueológicos que han salido de su suelo, la mayoría de ellos restos de sepulturas y monumentos funerarios. Con ello, queda demostrado que el nombre de «Callejón de los Muertos» tenía su razón de ser, ya que de esta calle habían salido muchos de estos hallazgos arqueológicos.

En cuanto a los lamentos que se oían, no te voy a decir que fueran lamentos propiamente dichos, con voz lejana y de ultratumba, pero también hay su causa. Y tú también puedes conocerlos y comprobar con qué exactitud ha sido transmitida esta tradición a través de varios siglos. Quienes allí habían sido sepultados, murieron hace ahora casi dos mil años, y por tanto, tiempo suficiente ha transcurrido para que hayan alcanzado ya su paz y reposo y no necesiten recurrir a nosotros, pero aún podemos decir que siguen vigentes sus súplicas.

Don Marcos García Merchante cuenta en su manuscrito del siglo XVIII que un día aparecieron junto a las Caganchas unos restos muy antiguos de tumbas, tan antiguos que no cabía duda de que eran de tiempos de los romanos y antes de que hubiese llegado el cristianismo a Ilipa Magna. Avisado el padre Merchante, conocedor del latín y experto arqueólogo, corrió al lugar de los hallazgos y tradujo aquellas inscripciones.

Mientras estaba leyendo y traduciendo aquel mármol, los que le rodeaban, quedaron emocionados al oír lo que don Marcos estaba leyendo. Ninguno de los presentes habían oído nunca tan lastimosos lamentos ni expresiones con tanto cariño y tanta dulzura. Estaban ante la sepultura del decurión Marco Calpurnio Lucio, alcalareño muerto a los 26 años de edad, 6 meses y ocho días, dejando atrás a su querida madre, a su hermana, a su joven esposa y a su hijito de corta edad.

La inscripción, sobre una magnífica pieza de mármol cuadrada, adornada con símbolos y adornos funerarios, dice lo siguiente:

D. M. S.
M. CALP. LVCIVS
DECVRIO
FLERE.CVPIS.Q.CVMQVE MEOS IN MARMORE
CASVS SISTE PARV LACRIMAS SORTE
MISERANDVS INIQVA AMISSISSE PIVM PATRE
DEDITQ. SEPVLCRO QVAM PENE IAM ESSE ANN.
XXVI M.VI.D.QVE.VIII.CONDITVS EGO AICEO
MISERO GENITORE RELICTO IAM MATER MISERA
PALMISQVE VBERA TVNDENS ET SOROR INFELIX
COMITANTVR LVCTIBVS AMBE CONIVX CARA
MEA RELICTA CVM PARVOLO FILIO CASTA
MATER VIDVA NO MIHI VITA SVPESTAT QVI
NOSTRVM TVMVLVM ONORAVIT CORPVS FOSA
IMA QVIET PIHI PARENTES REGNAQVE MVNDI
TENETES HIC EGO SEPVLTVS IACEO
PLACIDVSQVE QVIESCO
H.S.S.T.T.L.

CONSAGRADO A LOS DIOSES MANES.
MARCO CALPURNIO LUCIO.
DECURION
TU, CUALQUIERA QUE SEAS A QUIEN INTERESEN MIS DESGRACIAS Y VENGAS A VISITARME A ESTE SEPULCRO, PARATE UN POCO A COMPADECER CON LAGRIMAS MI MUERTE INICUA. PERDI UN PADRE CARIÑOSO Y VINE AL SEPULCRO CUANDO SOLO CONTABA 26 AÑOS DE EDAD, 6 MESES Y 8 DIAS. AQUI ESTOY ENTERRADO DEJANDO A MI INFELIZ PADRE. MI DESGRACIADA MADRE, GOLPEANDO LOS PECHOS CON SUS MANOS Y MI TRISTE HERMANA ME ACOMPAÑAN AMBAS CON SUS LLANTOS. MI CARA ESPOSA QUEDA ABANDONADA CON SU HIJO PEQUEÑO, QUEDANDO CASTA MADRE VIUDA. YA MI VIDA CONCLUYO PARA SIEMPRE. ¿QUIEN HONRARA NUESTRO TUMULO?. MI CUERPO ESTA DEPOSITADO EN LO PROFUNDO DE ESTA FOSA. VOSOTROS, PADRES PIADOSOS, Y VOSOTROS QUE PEREGRINAIS POR EL MUNDO, SABED QUE AQUI ESTOY SEPULTADO Y DESCANSO EN TODA QUIETUD.
SEATE LA TIERRA LEVE.

Se entiende que su mujer y su madre, siguiendo la costumbre de entonces, encargaron al mejor poeta de Ilipa Magna que redactarse la inscripción, haciéndolo éste como era habitual entonces en primera persona, como si fuere el difunto quien estuviese escribiendo, pero expresando ciertamente lo que el difunto hubiese dicho.

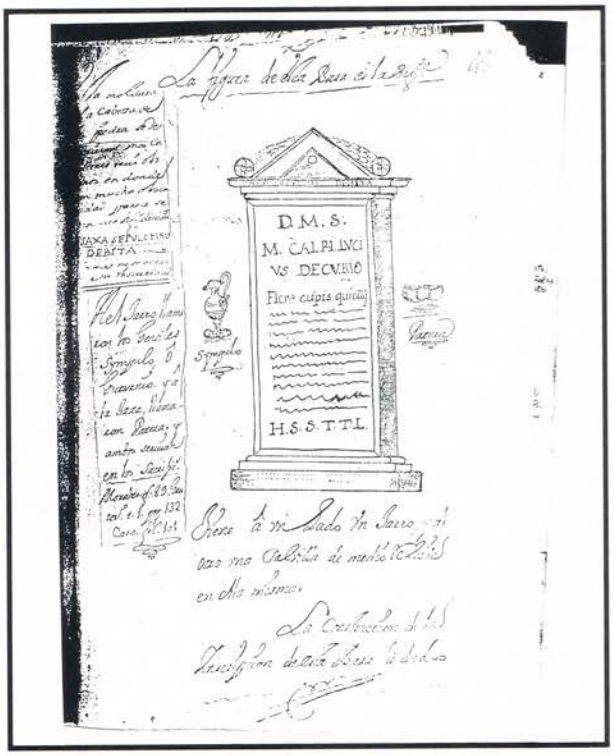
Es posible que aquella joven viuda y aquella pobre madre gastasen en la sepultura del desventurado Marco Calpurnio los únicos ahorros de que disponían, pero su cariño por el joven decurión les impulsó a ello, con el deseo de que fuese siempre recordado y su memoria quedase inmortalizada por los años venideros.

Hoy, esta inscripción la puedes ver tú también en el Museo Arqueológico Provincial de Sevilla y el dibujo de la misma, tal como la vió Marcos García Merchante, en el manuscrito de este ilustre alcalareño, escrito de su puño y letra entre los años de 1.728 y 1.749.

De todo ello se deduce, además del fundamento del sobrenombre del Callejón de los Muertos, que también hay algo de cierto en lo que los niños contaban de ciertos lamentos que desde allí salían suplicando a los caminantes que no abandonaran a la madre, a la viuda y al hijito de quien bajo aquella tierra descansaba. Debió ser tanta la impresión que causó a los testigos del hallazgo aquella traducción, que ya nunca olvidaron su contenido y lo contaron de padres a hijos. Luego, se olvidó el hecho real, pero quedó entre nosotros el recuerdo de estos lamentos y estas súplicas, dando origen a la leyenda.

Y como todas las leyendas, no solamente contiene algo de cierto y verdad, sino que, al tiempo que te divierte con su lectura, te ofrece también alguna enseñanza digna de aplicar a tu vida. De este relato, hay una cosa que puedes aprender y poner en práctica: el amor y el cariño que la madre y la joven viuda de Marco Calpurnio Lucio tuvieron por él hizo que no regatearan esfuerzos en darle la mejor sepultura para que se perpetuase su memoria. Y bien que lo consiguieron. Gracias a ellas, hoy, después de dos mil años, la memoria de aquel decurión sigue viva entre nosotros y su monumento funerario es admirado por cientos de visitantes de todos los países que acuden al Museo Arqueológico Provincial de Sevilla, pudiéndose decir que, gracias al cariño, a la ternura y el recuerdo de su madre y su viuda, MARCO CALPURNIO LUCIO, decurión de Ilipa Magna, ha alcanzado la inmortalidad.

El amor es una fuerza que traspasa los muros del tiempo y de la Historia.



ANOTACIONES AUTOGRAFAS DE DON MARCOS GARCIA MERCHANTE DEL SEPULCRO DE MARCO CALPURNIO LUCIO

La Puerta de Bib Ragel

Sevilla, desde la época de Julio César, quien cuentan que fue el primero que la fortificó, ha sido siempre ciudad amurallada. Por su gran perímetro, contó con un buen número de puertas que, a través de sus murallas, comunicaban las principales calles con los diversos caminos que desde Sevilla tenían salida hacia las poblaciones de su contorno.

Las ideas renovadoras y reformistas del pasado siglo acabaron con la mayoría de estas puertas, de las que sólo quedan hoy en pie el Postigo del Aceite y el famoso Arco de la Macarena. Las demás sufrieron los efectos de la picota, quedando de ellas sólo el nombre sobre el lugar donde estuvieron (Puerta de Jerez, Puerta Osario, Puerta de la Carne, Puerta de Carmona...) y algún otro dibujo o grabado de su aspecto y fisonomía, que por suerte alguien dibujó antes que el derribo las hiciera desaparecer.

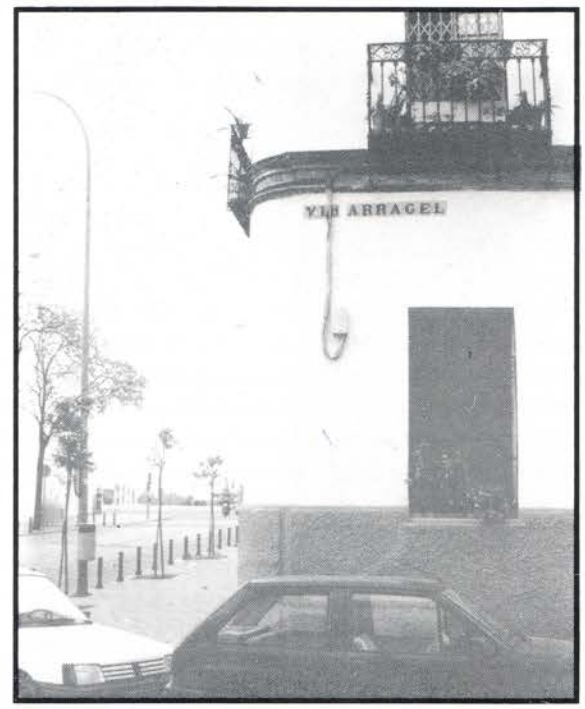
Estas puertas solían llevar por nombre el de la localidad a donde llevaba el camino que de ellas partía (Jerez, Carmona, etc.) o los productos que por ellas tenían señalado paso obligado a efectos de tributos y alcabalas (Puerta del Carbón, Puerta del Aceite o Puerta de la Carne). Pues bien, en el lugar que hoy ocupa la nueva rotonda situada entre el moderno puente de la Barqueta y la calle Calatrava, que nos lleva hacia la Alameda de Hércules, en tiempos existió una puerta que desde los tiempos de los moros se llamó de Bib Ragel del que aún perdura esta denominación como nombre de una de las callejas que unen la Resolana con la calle Calatrava.

Muy pocos alcalareños saben el origen del nombre de Bib Ragel, a pesar de lo mucho que les concierne. «Bib» es una palabra árabe que significa «puerta» y Ragel (o Arragel) no es otra cosa que la deformación de la palabra árabe «Ragwal», que era el nombre que Alcalá tuvo durante la época musulmana, ya que su nombre completo era el de «al-Qal'at Ragwal» cuya traducción al castellano es «el castillo de Ragwal». Por tanto, el nombre de la puerta de «Bib Ragel» no es otro, hablando en castellano actual, que el de «Puerta de Alcalá del Río».

Esta circunstancia está perfectamente explicada. En este punto era donde el río Guadalquivir tocaba por primera vez las murallas de Sevilla y es totalmente lógico que fuera aquí donde atracarían los barcos que transportaban mercancías y personas entre Alcalá del Río y la capital, de la que era «Calle, Guarda y Collación». Es más, el camino que por tierra unía Alcalá con Sevilla, a través de La Rinconada, después de llegar al Monasterio de San Jerónimo, continuaba por la orilla del río, a través del espacio ocupado hasta hace poco por las vías férreas, hasta la misma puerta de Ragel, camino que hasta hace tan sólo poco tiempo nos sería difícil de reconocer, pero ahora, después de las nuevas vías abiertas con motivo de la Exposición, está claramente definido, pues no es otro que la avenida abierta entre la Barqueta y San Jerónimo con el nombre de Nueva Torneo.

Y ya explicado el emplazamiento y razón del nombre de la «Bib Ragel» o «Puerta de Alcalá del Río», voy a contar algo que le ocurrió a un alcalareño y que está relacionado con esta puerta. Los detalles los recuerdo vagamente, pues hace muchos años que me lo contaron, pero no son los detalles lo más importante, por lo que, fuere como fuere, esta leyenda no deja de tener su valor.

***



ESQUINA DE LA CALLE VIB ARRAGEL EN LA BARQUETA, EN SEVILLA.
Como puede observarse en el rótulo, se han cometido dos errores: escribir "BIB" con "V" y poner "ARRAGEL" en lugar de "RAGEL".

Por las referencias que me dieron, los hechos debieron suceder hacia el año 1705, es decir, a primeros del siglo XVIII y durante la Guerra de Sucesión española, por la cual la dinastía de los Austria y la de los Borbones se disputaban el trono de España y por la que a la nación le costó la pérdida de Gibraltar.

Eran años de pobreza, de miseria y de crisis económica. Los pueblos sufrían la sangría de las levas de sus soldados, los precios de las cosas se dispararon y muchas cofradías y conventos, que se mantenían de las rentas de las casas y fincas que sus bienhechores les habían legado en testamento, se vieron en la más absoluta pobreza por cuanto las rentas o no valían nada o no se cobraban, en el caso no siempre seguro de que la casa que originaba la renta se mantuviese en pie.

Pero a pesar de la general crisis económica de aquellos años, los barqueros alcalareños seguían con sus faenas de pesca y transporte por el río con su gran trasiego de bultos, sacos y cajas y deambular de personas que iban o venían a través de la Bib Ragel de Alcalá a Sevilla o la inversa. Algo así como después, a mediados de este siglo, ha sido la calle Bécquer y el Bar El Diluvio, en pleno barrio de la Macarena. Allí, junto a la Bib Ragel, todos se conocían y raro era que cualquier suceso ocurrido en Alcalá del Río, no se supiese a las pocas horas.

El día de nuestra historia Gregorio Martín había salido en barco de Alcalá al amanecer con el propósito de hacer en Sevilla durante el día algunas compras para su casa y luego volver al día siguiente de nuevo para Alcalá. Y dado que Gregorio era hermano muy señalado de la cofradía de la Soledad y de gran confianza para su mayordomo, sabiendo éste que viajaba a Sevilla de compras, le dio una buena cantidad de dinero para que la diese a cuenta de unos encargos que la cofradía tenía hechos a un orfebre del barrio del Salvador. El bueno de Gregorio, sintiéndose abrumadoramente responsable de la confianza que su mayordomo había puesto en él, y tratándose como se trataba de dineros de su cofradía, no solamente se guardó estos en un lugar aparte, sino que se los vino palpando todo el tiempo que duró la travesía del río, con el temor de que pudieran caérseles o se los robaran.

Con esa inquietud desembarcó en la Barqueta y atravesó la Bib Ragel en dirección hacia el centro de Sevilla. Pero aquel día había por allí más concurrencia de gentes que de costumbre. Entre que habían descargado un buen montón de paja que ocupaba media calle, que había una obra en una esquina y un puesto de melones y sandías en la otra y el tropel de gentes que merodeaban por toda la zona, lo cierto es que Gregorio tuvo que atravesar la puerta a empujones entre unos y otros.

No habría llegado a la laguna de la alameda cuando, lo mismo que había venido haciendo toda la travesía, se volvió a tocar el sitio donde traía escondido el dinero de la cofradía para asegurarse que lo traía consigo. Y cual no sería su sorpresa y su estupor al comprobar que, por mucho que se tocaba y se registraba, el dinero no aparecía por ninguna parte. Volvió corriendo hacia la puerta por si la taleguilla se le había caído en la bulla y estaba todavía en el suelo, cosa que ni él mismo creía, o que algún alma caritativa se la había encontrado en el suelo o en el barco y estaba buscando a su dueño, cosa también poco probable.

Pasado el desconcierto primero, y una vez que Gregorio se percató de la triste realidad, la cual no sólo iba a retrasar considerablemente el estreno de su Virgen de la Soledad sino que le iba a costar a él el jornal de varios años, ya que por supuesto estaba dispuesto a restituir a su costa lo que le habían confiado, no le quedaron ganas ni fuerzas para continuar con sus compras particulares, aunque su dinero, por llevarlo en otro bolsillo, lo conservaba aún.

Sin saber qué hacer, y sin dejar de reinar en su problema, se sentó en unas cajas que había junto a la muralla y se echó a llorar. Y no lloraba por lo que le pudiese costar a él el percance, sino porque ya no iba a estrenar aquel año su Virgen de la Soledad los faroles que estaban encargados. Así estuvo un buen rato hasta que a su lado, con más pena y más llanto que él, se sentó una pobre mujer, vestida de negro de los pies a la cabeza, acompañada de un muchachillo joven.

Era tal con la pena que aquella mujer lloraba que los que pasaban no podían hacerlo sin mirarla y compadecerse de ella. Gregorio, con su ya gran tristeza por lo ocurrido, doblada por la visión de aquella mujer, le preguntó al chaval que iba con ella qué es lo que le había pasado.

El muchacho le puso enseguida al corriente de todo. Acababan de ajusticiar en la puerta de la Audiencia al único hijo que tenía aquella mujer y por una causa de la que era totalmente inocente. La pobre mujer era viuda. Su marido, carpintero, había muerto algunos años atrás y habían tenido que cerrar la carpintería en el pueblo para venirse a Sevilla. Ahora, después de la muerte del hijo, quedaba totalmente desamparada y sola. El muchacho que iba con ella, Juan, había sido pescador en su pueblo y amigo íntimo de su hijo, el cual le confío el cuidado de su madre poco antes de que lo ajusticiaran. Y sin saber a

donde ir, habían decidido irse hacia donde hubiese gentes de barcos y pescadores por ver cómo ganarse de nuevo la vida.

A Gregorio, aquella historia le resultó familiar y conocida. La casualidad había hecho que a su lado se sentara una mujer que vivía la misma circunstancia que tuvo que vivir su Virgen de la Soledad en aquel primer Viernes Santo en Jerusalén. Al buen Gregorio no se le ocurrió otra cosa que pensar: Si mi Virgen de la Soledad no estrena este año los faroles, tampoco en mi casa estrenamos las cortinas y los muebles que yo venía a comprar. Y sin más se sacó todo el dinero que traía para sus compras y se lo entregó a aquella pobre mujer para las primeras necesidades.

Después de esto, se sintió más tranquilo, convencido que, al menos, su propio dinero estaba en manos de la Virgen de la Soledad, a la que pidió le ayudara a ganar lo suficiente para poder restituir pronto a la cofradía el dinero que le habían robado y del que él se sentía responsable. Y no teniendo nada que hacer ya en Sevilla, se volvió a Alcalá aquel mismo día en el primer barco que remontó el río.

***

Al entrar aquella tarde en su casa en lugar de llegar al día siguiente como estaba previsto, su mujer, en vez de extrañarse y preguntarle qué había sucedido, le miró sin sorpresa y le hizo el siguiente reproche:

- Ya sabía yo que tú hacías el viaje en balde con tanto despiste como gastas últimamente, ¿a quién se le ocurre ir a Sevilla de compras y dejarse el dinero encima de la cómoda?

Gregorio quiso preguntar de qué dinero le estaba hablando, porque él estaba seguro de haberlo cogido, habérselo guardado muy bien y de haberlo ido tocando todo el tiempo que estuvo en el barco hasta que llegó a la puerta de Bib Ragel, pero no pudo articular palabra. Su mujer, recogiendo el gesto de extrañeza de Gregorio, continuó con su reproche:

- Cuando a media mañana fui al cuarto a coger el dinero para ir a comprar a la tienda me di cuenta de que te habías dejado esa taleguilla encima de la cómoda. Y por cierto ¿a dónde ibas con tanto dinero? ¿De quién es todo ese capital, porque que yo sepa, en esta casa no ha habido tanto ahorro en toda nuestra vida?.

Gregorio abrió la taleguilla, que sin duda era la suya, pero como si fuera la primera vez que la veía, contó el dinero cuatro o cinco veces y comprobó que había exactamente el doble de lo que le habían robado más lo que él le dio a aquella mujer que le habían ajusticiado al hijo.

NTRA. SRA. DE LOS DOLORES EN SU SOLEDAD
(Posiblemente tal como la conociera Gregorio Martín)

Gregorio, hombre de fe, no se preguntó nada más porque estaba seguro de qué es lo que había pasado. Volvió a preparar el mismo viaje para unos días después y realizó sus compras y sus encargos esta vez sin novedad ni problema alguno. Lo que sí hizo fue preguntar por la viuda y el chaval a los que trabajan por la puerta de Ragel y por los muelles, por si alguno sabía qué había sido de ellos, pero nadie le supo decir nada ni recordaban haber visto a nadie de la forma que Gregorio decía.

Lo que sí se comentaba por allí es que días antes, justo el día que Gregorio había perdido su dinero, los alguaciles habían detenido a un ladrón que operaba por los muelles y por los alrededores de la puerta y se lo habían llevado a las galeras. Y lo curioso del caso era que el ladrón pertenecía a una familia de comerciantes acomodados de Sevilla, que no padecía ninguna necesidad ni escasez, pero que el vicio y la poca consideración por los demás le hacían disfrutar robando y causando el consiguiente perjuicio a cualquiera, sin consideración de si era pobre o no.

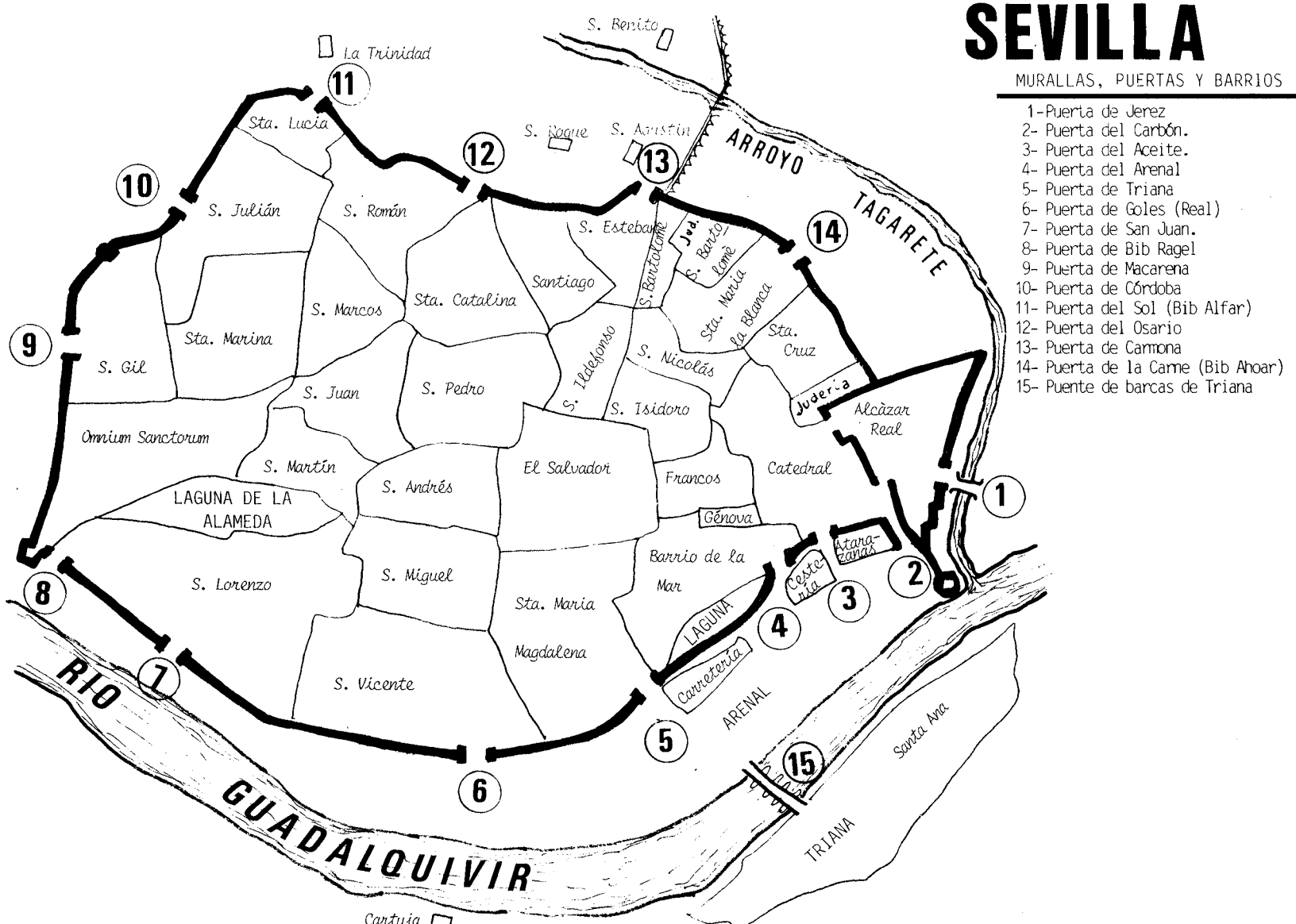
***

Y esta es la historia que te iba a contar. Como te dije al principio, los detalles son lo de menos. En cualquier caso, dos cosas son totalmente ciertas y verídicas: Una es que existió una puerta en la muralla de Sevilla que se llamó Bib Ragwal o Bib Ragel. La otra cosa cierta es que, casos como éste, en los que la generosidad y la caridad se ven ampliamente recompensados, pasan también todos los días.

SEVILLA

MURALLAS, PUERTAS Y BARRIOS

1-Puerta de Jerez
2- Puerta del Carbón.
3- Puerta del Aceite.
4- Puerta del Arenal
5- Puerta de Triana
6- Puerta de Goles (Real)
7- Puerta de San Juan.
8- Puerta de Bib Ragel
9- Puerta de Macarena
10- Puerta de Córdoba
11- Puerta del Sol (Bib Alfar)
12- Puerta del Osario
13- Puerta de Carmona
14- Puerta de la Carne (Bib Ahoar)
15- Puente de barcas de Triana



Fundación Marcos García Merchante
Alcalá del Río
Con la colaboración y el patrocinio del Excmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río (Delegación de Cultura).

PUBLICACIONES

LIBROS

La inscripción en escritura tartesia de Alcalá del Río (Agotado)
J. A. Correa Rodríguez. 1.985 (Premio Marcos García Merchante).

Alcalá del Río a finales del siglo XVII (Agotado)
D. Pineda Novo. 1.985. (Premio Marcos García Merchante).

Ilipa Magna.
J. Millán León (1989) (Premio Marcos García Merchante).

Alcalá del Río y los alcalareños en el siglo XVIII. (En prensa).
F. Quiles García (Premio Marcos García Merchante).

REVISTAS

Fiestas patronales en honor de San Gregorio de Osset.
Anual. Mes de septiembre. Publicada años 1981 a 1993 (Agotadas).

Primavera Ilipense.
Anual. Mes de marzo. Publicada años 1988 a 1994 (Agotadas).

CUADERNOS DE TEMAS ILIPENSES.

Nº 1. La carta puebla de Alcalá del Río de 1.390.
Marcos Fernández Gómez. (Octubre 1993).

Nº 2. La parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción (Parte I)
José Antonio Arteaga Ruiz. (Febrero 1994)

Nº 3. La parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción (Parte II)
José Antonio Arteaga Ruiz. (Abril 1994)

Nº 4. Leyendas alcalareñas (I).
José Benjamín Domínguez Aguilar. (Julio 1994)

FUNDACION MARCOS GARCIA MERCHANTE
Exmo. Ayuntamiento de Alcalá del Río
Delegación de Cultura